

La sociología contraataca

Reseña a *Lima y sus arenas*

ALBERTO VERGARA¹



MARTUCCELLI, Danilo. *Lima y sus arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales*. Lima: Cauces, 2015.

Algo se pudre en nuestra comarca intelectual. Hace un año y medio, Danilo Martuccelli publicó *Lima y sus Arenas. Poderes sociales y jerarquías culturales* y nadie ha escrito un comentario, ni académico ni en la prensa sobre el libro. Y tal vez sea el ensayo más provocador, articulado e innovador aparecido en el país en los últimos años. ¿Por qué no se le comenta? La pregunta es clave si tenemos interés en construir una comunidad académica e intelectual profesional. Quizás porque el libro le ajusta las clavijas a más de una teoría establecida en los conventillos intelectuales limeños. O tal vez porque el autor es un expatriado sin collera capitalina. Pero estas hipótesis supondrían que el libro se lee y luego sufre el viejo ninguneo. Más probable, en realidad, es que ni siquiera se le lea. Con lo importante que es ser un intelectual orgánico de Facebook y un indignado de Twitter, ¿para qué leer a los pares?² Una comunidad académica que no comenta a los colegas está hasta las caigas; pero una que ni siquiera los lee ya no es ni comunidad.

«El ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita», reza la definición de Ortega y Gasset. O en mi

versión: «el ensayo es la ciencia, sin *grant*». Es decir, es un género que obvia la angustia empírica con el objetivo de generar una tesis clara y grande que sería superior a otras establecidas en el mercado de las ideas. El ensayo debe ser interesante, provocador, ambicioso; aun si falso. El artículo científico mata por la certeza; aun si constituye una obviedad. En tal sentido, *Lima y sus arenas* es un ensayo formidable. Martuccelli nos presenta una gran interpretación de Lima contemporánea y sus transformaciones (y en última instancia del Perú), al mismo tiempo que, con rigor y respeto, ubica su tesis en la literatura de ciencias sociales peruanas. Las hipótesis estimulantes caen en cascada a lo largo del libro. Ignoro si cada una de estas proposiciones es «verdad» (y estoy seguro que su autor tampoco podría asegurarlo), pero esa no es la prioridad cuando se «ensaya». Quien le reclame a este libro mejor recojo de información, está expedito para exigirle al poeta que escriba en prosa.

Martuccelli no anda con el freno de mano puesto: ni la economía ni la ciencia política prevalecientes en los últimos años, permiten entender las mutaciones ocurridas en la Lima contemporánea. Hace falta sociología. Los cambios acaecidos en la capital ocurrieron todos al margen del sistema político, y las transformaciones económicas —se-

¹ Politólogo, investigador visitante en el Center for Latin American Studies, Georgetown University.

² La hipótesis según la cual ni siquiera se lee tiene asidero, además, en la medida que, fácilmente, me vienen a la mente seis u ocho libros importantes publicados en los últimos tiempos que han pasado por la ciudad con la misma irrelevancia de una triste garua. No es Martuccelli, es el clima.

mejantes a las de otras capitales latinoamericanas en tiempos del *boom*— tampoco capturan el núcleo en cuestión: «El corazón del cambio fue social y cultural» (p.15); «el gran cambio es un estilo de sociabilidad» (p.16). La sociología contrataca. Pero cuidado, nostálgico, esta sociología arremete sin consideraciones clasistas, sin dependencia, sin arenga étnica, sin sujeto popular. Se abre paso, en cambio, una sociología del individuo. Te esperaba primavera.

¿Cuál es este cambio que solo la sociología y no la ciencia política o la economía pueden identificar? Con gran simplificación es el siguiente: en las últimas tres décadas, Lima se ha «independizado» del país al construir una nueva sociabilidad que es cada vez más común a todos sus habitantes. Tal vez nos siga resultando difícil ser peruanos, pero ya no es difícil ser limeño. Si en la primera mitad del siglo XX Lima y el Perú eran dos universos de lánguida vinculación, y si las migraciones de la segunda mitad del siglo XX convirtieron a Lima en un Perú en miniatura, en el siglo XXI la experiencia limeña vuelve a escindirse del país con el surgimiento de esta nueva y específica sociabilidad. Despunta una inédita «unidad cognitiva» en la ciudad (p.162) que nada tiene que ver ya con la Arcadia colonial o con la segmentación del siglo XX: Bienvenidos a la moderna y común experiencia de ser limeños. ¿Y por qué no? ¿No decía Zadie Smith que jamás se sentiría inglesa y siempre londinense?

Esta gran metamorfosis se construye en —y desde— tres arenas que Martuccelli denomina, i) el proyecto reglamentador; ii) la revolución de la sociabilidad y; iii) el individualismo metonímico. Ahora bien, para explicar esto, Martuccelli se explaya en varios antecedentes (que no son lo más relevante, pero ocupan la mitad del libro, faltó editor). Primero, la transformación de Lima no se entiende sin el colapso *urbano* de los ochenta; es decir, el autor nos obliga a sacudirnos del trajinado prisma del colapso económico y del de la violencia política, para experimentar el de la degradación de la experiencia urbana. Segundo, el fracaso rotundo de

las empresas políticas que proponían al Pueblo como nación, clase, partido o etnia. Y, tercero, el incremento imparable de la informalidad y de un nuevo *ethos* emprendedor y moderno en la ciudad. Todo esto, entonces, constituye el telón de fondo de las transformaciones contemporáneas.

Reglamentados. Según Martuccelli, los limeños viven engañados por la imagen de una ciudad donde nadie respeta nada. Cada día son sujeto de más regulaciones (ahora las farmacias exigen recetas) y, no obstante, prefieren aferrarse a la imagen del estado de naturaleza. Este desencuentro impide pensar la vinculación entre lo formal y lo informal en el país. Es una imagen que confirma la idea arraigada de un sector formal y otro informal, viviendo separadamente. Y, sin embargo, el país funciona desde las intersecciones de lo formal, lo informal y lo delictivo. No hay un país formal y otro informal. El país camina porque ambos se conocen a la perfección. Son el uno para el otro.³ Y, en realidad, la informalidad es «el gran imaginario del lazo social de la ciudad» (p.175). Aquí la argumentación se enturbia: ¿es el Estado reglamentador lo principal o es el ascenso de la informalidad? Me da la impresión que Martuccelli quiere vender la novedad de la expansión estatal y reglamentaria (de ahí que sea el título del capítulo 4), pero en el desarrollo del argumento la incidencia de la informalidad como núcleo articulador de la vida pública peruana parece ser bastante más determinante (e interesante). En todo caso, esta tensión no está resuelta con propiedad y uno anhela un estudio de caso que despeje las brumas.

Así, la reglamentación es un primer componente de la *invención* de una nueva sociabilidad (Al paso: inédito uso de la palabra «inventar» en nuestras ciencias sociales dadas al telurismo de lo inalterable. Hasta provoca retrucar con Jacques Brel que *comme disait le duc d'Elbeuf /C'est avec du vieux qu'on fait du neuf*). Una dimensión crucial de esta novedad es su carácter apolítico. La nueva sociabilidad surge de abajo, pero no es contra-hegemónica. Creció a su ritmo y sin pretensión de reemplazar o

3 James Robinson ha desarrollado un argumento similar y muy estimulante para el caso colombiano en *The Misery in Colombia*, Desarrollo y Sociedad, n 76, 2015, pp. 9-90.

atacar a las clases altas. A diferencia del tango que interpelaba, la chicha es bailongo inofensivo. Y esa fusión des-politizada se expande en la ciudad. Las clases altas renuncian realistamente a cincelarle un rostro a Lima, el cual surge espontáneamente desde una expansiva sociabilidad chicha e informal que, a su vez, impacta la economía y la política (no al revés). Tanto que fecunda la política: Fujimori y Montesinos reflejan al país. Y luego, en proceso de retroalimentación, irrigan la sociedad con más de esa misma pócima. Ante semejante diagnóstico he recordado a un personaje de Philip Roth: «Pronto tendremos en este país algo mucho peor que el gobierno de los campesinos y los obreros, tendremos la cultura de los campesinos y los obreros»

Lo que encuentro fundamental en el argumento es el papel que Martuccelli asigna a la informalidad y la manera de conceptualizarla. Es una aproximación, diría, *existencial*. Frente a Gonzalo Portocarrero, Juan Carlos Ubillus y otros que han privilegiado una mirada moralista del incumplimiento de la norma en el país —el sujeto goza transgrediendo la ley— Martuccelli muestra a un nuevo individuo limeño que sabe que a veces toca quebrar la ley para sobrevivir. No es un hedonista, «salva su pellejo». La existencia de este individuo está marcada por el desamparo y por una ciudad que es siempre una amenaza. Esta perspectiva existencial de la informalidad también permite aguar las convicciones derivadas de Hernando de Soto. La acumulación «primitiva» del individuo no se realiza contra un Estado que pone demasiadas trabas, sino ante un Estado que no está en capacidad de hacer mucho. Además, la propiedad adquirida significa mucho más que un activo económico. La casa propia para los limeños es, sobre todo, una salvación individual y familiar frente a la amenaza social y la disfunción estatal. Más que una voluntad de tener, refleja la necesidad de ser. Con el paso de las décadas, la explosión del consumo, la consolidación de los conos, y la posibilidad fundamental de todos —y ya no solo de algunos— de «darse sus gustitos» (p.285).

En fin, producto de estos procesos y de varios otros que no puedo reseñar, Martuccelli constata la emergencia de lo nuevo. Una Lima donde la modernidad de los de abajo asemeja cada vez más a la de arriba. Un sustrato común que nadie planificó. Y aun si surgido de un magma hecho de informalidad, achoramiento, precariedad y acumulación elemental, la nueva sociabilidad, asegura el autor, posee contornos positivos. La ciudad está marcada cada vez más por la competencia cultural y no por el racismo⁴ y las jerarquías sociales han quedado en jaque, dando lugar a una generalizada «horizontalidad de acción» (p.241). Todos los limeños comparten las reglas formales e informales de esa gran arena de lidia que es la capital. Si entiendo bien a Martuccelli, esta producción conjunta de los limeños es mejor que lo previo. O para decirlo de otro modo, el proyecto de construir una vida pública común y ciudadana, es más posible de lograr hoy a partir de esta ciudad amenazante pero horizontal, de individuos desempobrecidos y reglamentados, que desde aquella previa cuando dominaba el universo político del Pueblo, mandaban las jerarquías sociales y abrumaba la miseria. En otras palabras, se abre la posibilidad del ciudadano y el Estado de derecho. Y por el peso que Lima y lo urbano han adquirido en el país, despunta también una avenida nacional.

Este ensayo heterodoxo —un pleonasma justificado— es un deleite para quien observa con asombro un país que parece moverse a toda prisa sobre distintas autopistas, sin llegar a distinguir el sentido de su trayectoria. Un mapa atrevido y sofisticado, en igual medida parcial y novedoso, que termina enunciando las condiciones de posibilidad de un futuro mejor. Su lectura, en cambio, será un verdadero silicio para el devoto del neoliberalismo como causa de cuanto ocurre en el país, un cólico para el unidimensional apóstol de la post-guerra y una agonía para el reciclador cansón del argumento colonial. Luego no digan que no fueron advertidos.

4 Un diagnóstico muy semejante al de Omar Pereyra en *San Felipe: Grupos de clase media se encuentran*. (Lima, IEP, 2016).